

ENTREVISTA A MARÍA EMILIA TIJOUX:

Francisca Palma Arriagada

MARÍA EMILIA TIJOUX: “TENEMOS QUE HACERNOS CARGO Y DESALOJAR ESA CONDICIÓN NEGATIVA QUE TIENEN QUIENES LLEGARON A CHILE BUSCANDO MEJOR VIDA”

Por Francisca Palma Arriagada

Periodista y Magíster en Comunicación Política de la Universidad de Chile
Integrante del Movimiento Acción Migrante

En un momento histórico marcado por las migraciones a nivel global, Chile se ha posicionado como un país receptor en los últimos años, despertando a nivel social y político un fenómeno que cuesta reconocer: el racismo. Enclavado en los orígenes de la historia del país, como nos explica la académica, las consecuencias de las violencias físicas, simbólicas e institucionales que hoy vivimos de la mano de esta respuesta encaminan a esta sociedad a la deshumanización y, con ello, a un tensionamiento de la idea de la democracia, lugar donde hoy, desde la cotidianidad, se disputan imaginarios, estereotipos y sesgos que para la socióloga están basados en el temor.

Doctora en Sociología de la Universidad París 12, académica de la Facultad de Ciencias Sociales y Coordinadora Académica de la Cátedra de Racismos y Migraciones Contemporáneas, la profesora María Emilia Tijoux ha dedicado estos últimos años a estudiar los flujos de movilidad humana y las relaciones sociales desplegadas en Chile, fenómeno que desde la mirada local muchas veces se ha calificado de mala manera como “el problema migratorio”, anticipando desde ahí, desde su enunciación, una carga y un carácter negativo.

Al hablar de migraciones convergen diferentes aristas y dimensiones: es la vida cotidiana misma que se cruza con el andar de quienes han llegado en busca de otra historia. Pero es esta historia fundacional y casi mítica de un Estado-nación blanco y europeo la que los enfrenta, la que los tensiona, los vulnera y a la que ellos y ellas se sobrepone desde su trabajo, sus formas de hablar, sus anhelos y el hecho mismo de tomar una decisión y actuar, desde esa misma cotidianidad.

La migración es un hecho donde la política toma decisiones, la cultura reacciona —a veces bien, otras veces no—, donde los afectos se ven en conflicto, pero donde también se disputan los anhelos de comunidad, de existir, de ser visible y de romper fronteras simbólicas, de quebrar imaginarios y convenciones que están naturalizadas; en donde podemos encontrarnos y saltar la línea de la otredad y del temor, como plantea la académica.

Cuando hablamos de migración, nos advierte además María Emilia Tijoux, estamos hablando de vidas, las que muchas veces se ven reducidas a números, a cantidades, orígenes y nacionalidades, y sus potencialidades se aprecian desde natalidades, cuerpos trabajadores y estadísticas, desconociendo el telón de fondo: un escenario global que precariza la vida.

Es en este escenario que luego de volver de una larga estadía en Francia, la profesora Tijoux continuó su labor de investigación respecto al “sufrimiento social”, concepto que había desplegado en su trabajo abordando otros temas. Esta vez lo hizo con respecto a las y los migrantes peruanos que comenzaron a llegar en la década del 90, en el mismo periodo que ella, a quienes hoy se suman otros vecinos de la región quienes han llenado de otros modos de vida este país, pero que también han suscitado un fenómeno social que ha costado reconocer en sus despliegues institucionales y cotidianos, que es el racismo.

Pero no solo eso: la ya referida precarización hoy se agudiza aún más con el posicionamiento restrictivo de las políticas del actual gobierno, expresadas en decisiones administrativas, una ley incompleta, expulsiones colectivas, el cierre de fronteras, la instrumentalización de las y los migrantes en los discursos políticos y la violencia institucional desencadenada en muertes, particularmente de mujeres, entre otros despliegues. ¿Cuáles serán las consecuencias de este escenario para la sociedad chilena de las próximas décadas?

Quisiera que hiciéramos un recorrido y comenzáramos por el futuro, que pudiéramos visionar lo que se viene. ¿A dónde nos puede llevar como país este tipo de políticas restrictivas que ha estado desplegando el gobierno de Sebastián Piñera en materia de migraciones?

Empezaría por decir que Chile ha envejecido, que todos estamos más viejos, que dentro de unos años el porcentaje mayor de 65 años va a ser grande y que afortunadamente va a haber niños y niñas provenientes de la migración que van a poder rejuvenecer a este país, que se van a casar, que ya se están casando y están armando parejas. Se están enamorando chilenos y haitianos, chilenas y colombianas, que sé yo, personas que tienen su vida ya forjada acá, y que es gente joven, son trabajadores jóvenes.

Ahora, para ello es imprescindible que se cuestionen las políticas de hoy día. Yo estoy en contra de que haya que reformar, agregar o sacar aquello que se está diciendo en esta “nueva ley de migraciones”. No, pienso que hay que hacer otra ley.

Me quedo con aquella que, mal que mal, a finales del 2017 ya estaba prácticamente lista, donde participaron organizaciones migrantes, pro migrantes, donde había

un consejo consultivo y democrático, donde había participación, trabajo que lamentablemente no se consideró.

Si bien la ley tampoco resuelve todos los problemas, puede de cierto modo regular en base a derechos humanos integrales la vida de las personas, no solo de las que llegan a Chile, sino que sobre todo las relaciones sociales con chilenos y chilenas. Tenemos que entender que ya somos vecinos y vecinas, nos encontramos en los supermercados, en los malls, en los servicios públicos, en el metro, en la calle, y cada día vamos viendo que Chile tiene otros colores, otros sabores, otros tonos de voz, otros ritmos para hablar.

Así, la violencia que contiene el racismo, la discriminación y los discursos de odio puede augurar un mal futuro para la vida democrática. No estoy hablando de los inmigrantes en particular ni de los chilenos, sino que de la vida democrática que tenemos que vivir entre todos, juntos, juntas, con nuestros puntos de vista particulares, porque somos individuos. No tenemos por qué ni pensar del mismo modo ni hablar del mismo modo. Es indispensable que aprendamos a vivir y ese aprendizaje me parece que está siendo complicado.

¿Qué objetivos hay detrás del despliegue de las prácticas restrictivas y el posicionamiento discursivo del Ejecutivo?

No sé si las personas que están a cargo de decidir, pensar, elaborar y ejecutar estas políticas están tan conscientes de la violencia que se puede desplegar en la vida cotidiana, porque probablemente viven en un lugar distinto a las comunas donde llegan inmigrantes, o no sepan o no se den cuenta de los sufrimientos sociales y cotidianos que vive una persona a la que constantemente se le está maltratando, se le está castigando, y que se supone que los derechos no son para él o para ella, o para sus hijos o hijas. En ese sentido, la violencia opera cuando el poder está en cuestión. Pensando en lo que señala Hannah Arendt, no debemos confundir violencia con poder.

A mi modo de ver, lo más grave de esta violencia es que se naturalice como algo común, como algo normal, porque cuando se normaliza algo, no se ve, porque queda incorporada a los actos y a los discursos cotidianos.

¿Podemos reconocer al acto de migrar, de salir de una determinada forma de un país, como un acto político de sobrevivencia? ¿Migrar es una decisión política?

La migración hay que entenderla en un contexto que se ha estructurado históricamente, políticamente y económicamente. En el acto de migrar de un

individuo que se va por una urgencia, sin gran planificación, simplemente pensando en una huida ya sea de la pobreza, de una situación política de su país, de una persecución, de una guerra, incluso de un desastre, hay algo más que eso, porque uno podría decir que a pesar de todo ese horror que puede vivir alguien, existe la posibilidad de quedarse, y en ese sentido, el individuo tiene la libertad de decidir si se queda con todas las consecuencias. Los países de origen tienen responsabilidades muy grandes en este proceso migratorio de su gente.

El acto de migrar uno lo podría entender como una acción política en la medida en que hay resistencia a morir, resistencia al hambre, resistencia al maltrato o simplemente resistencia a no criar a su familia de un modo digno y humano. En ese sentido, de esa acción individual al interior de unas condiciones de producción de la acción individual, el acto de migrar es un derecho, pero creo que hay que ir más allá, porque si bien el acto de migrar es un derecho, hay que preguntarse por qué una persona tiene que irse de su país. ¿Qué es lo que ocurre en el país de origen para que eso se produzca?

¿Cómo es que esto repercute en la vida de una persona?

Salir de tu país, de tu familia, el dejar tu casa, tus sabores, olores, el desprenderse de una historia forjada en un territorio específico sin que ello implique una planificación, es pura incertidumbre, es un desconocimiento total hacia donde se va.

Recojo de muchas entrevistas que he hecho que las personas dicen que en Chile van a estar mejor que donde se está porque en general se ve como un país exitoso, económicamente seguro, con una seguridad política, donde la gente es amable, y lamentablemente, la llegada comienza un proceso donde la persona se convirtió en un inmigrante al momento de atravesar la frontera. Se encuentra con una situación de maltrato que ya está instalada de antes y que se vincula al color de piel, al origen, a la nacionalidad, a los rasgos físicos, a la situación económica, es decir, un inmigrante es una persona que está siendo catalogada negativamente incluso antes de que llegue.

Lo que le pasa a la persona al ingresar es que comienza a ser parte de un proceso donde tiene que remar a contracorriente de los prejuicios y los estereotipos, que son ideas puestas en la cabeza que funcionan como verdad, donde, en este caso, si una persona es de un país, se le entrega algo así como características porque viene de allí.

Cuando yo soy un individuo tengo un nombre, dos apellidos, tengo una madre, padre, una historia, vengo de una región, de una ciudad, de un barrio, y eso desaparece de cierta manera cuando se denomina a la persona como inmigrante, entonces todos los peruanos, dominicanos, ecuatorianos, haitianos, venezolanos, son así o asá, que es lo que vemos en los medios de comunicación y en la boca de la gente que dice que “los migrantes traen esto y lo otro”. Luego se comienza a diferenciar por nacionalidad en una categorización que los va diferenciando y colocando a unos en

un lugar y a otros en otro. En ese sentido, ¿qué entendemos por seres humanos? ¿A quién colocamos dentro de esa calificación y a quién dejamos fuera?

Migrar es un derecho a pesar de que ya se ha dicho que no lo es por parte de personeros públicos. Entonces, si no se entiende que migrar es un derecho, ¿cuál es el lugar que tiene el migrante dentro de esa migración?

Muchas veces se plantea como un argumento que la migración activa la economía, que mejora las tasas de natalidad. ¿Es correcto usar este tipo de valoraciones o también se tiende a una instrumentalización?

Obviamente que hay instrumentalización. No hay que tomar eso como un elemento fundamental, no hay que colocar al inmigrante en ese lugar del número o solamente de la categoría económica; sin embargo, ni siquiera eso se les reconoce. O sea, la cantidad de dinero que aportan los migrantes a Chile es muy grande. Hay que detenerse y pensarlo antes del trato que se les da. El migrante es una persona, un ser humano que en condiciones de crisis de un país o por distintas razones sale a otro donde piensa firmemente que va a poder vivir mejor.

El inmigrante no es solamente una pura relación económica, sin embargo, es esencialmente un trabajador o trabajadora. El inmigrante es alguien que viene a ganarse la vida. A cualquiera que le pregunte le va a decir eso: “vengo a trabajar, vengo a producir, vengo a participar en la sociedad chilena como un trabajador”.

Pero no es solamente un trabajador, también es un creador, un profesional, padre o madre de familia: un ser humano como usted o como yo; pero vuelvo atrás, la condición de inmigrante lo coloca en un lugar negado, en un lugar complejo que ya se ha llenado de prejuicios, se ha llenado de discursos de odio, se ha llenado de mitos, falsedades, y lo ubica negativamente en la sociedad, y de eso tenemos que hacernos cargo y buscar los modos de disminuir, sacar y desalojar esa condición negativa que tiene una persona que llegó a Chile buscando mejor vida.

La migración forma parte de la historia de este país, donde los movimientos migratorios de inicios del siglo pasado son similares a los actuales. ¿Qué hace que hoy, en este contexto de este Chile neoliberal, despierte tanto rechazo?

Hay varias razones. No sé si me puedo detener en todas, pero diría que una primera cosa es el temor de que algo se va a arrebatar al chileno o a la chilena con la llegada de los migrantes. En ese sentido, hay dos ejes a considerar: uno es el eje de la securitización, una política de seguridad nacional que busca principalmente defender fronteras para que no entre “cualquiera” y que entre aquel o aquella que

está habilitado, seleccionado o que tenga las características que el Estado chileno considera son las que le permitan entrar a Chile y permanecer. Allí, por supuesto inversamente, están los no deseables, por decirlo así, que son rechazados. Entonces la cuestión de la seguridad nacional se trata de cuidar fronteras para no ser “invadidos por estas personas que pueden ser peligrosas”, las que hacen que después, al interior del país, estos discursos se sigan dando, instalando estas fronteras que diferenciarían, separarían el encuentro con el chileno y el inmigrante.

Cuando el fenómeno migratorio, que es un fenómeno social, es considerado como un problema, y se habla del problema de la migración, ya se la coloca en un lugar negativo, por lo tanto, los migrantes que llegan a un lugar traen el peligro de la posibilidad de “enfermedades, contaminaciones, malas costumbres”.

Lo que ocurre es que la cantidad de problemas que tenemos aquí, como la cesantía, pensiones de miseria, mal trato en la salud, imposibilidad de hacerse atender por un médico, se le atribuyen a la llegada de los inmigrantes. Es decir, eso que el Estado chileno no resuelve para los chilenos, tiene que buscar que se resuelva explicándolo a través de un chivo expiatorio que es el inmigrante o la inmigrante, y tiene que ver con la seguridad, con la sensación de seguridad o de falta de seguridad. Sin embargo, ¿cómo explicarse que en barrios donde los inmigrantes han proliferado, donde se encuentran colectivamente en las plazas, en las calles, ha bajado la delincuencia? Eso no ha sido una política de nadie.

Entonces, por un lado está la sensación de inseguridad y por otro lado está la situación de los procesos identitarios, y a la inversa de lo que ocurría en el siglo XIX, cuando los inmigrantes iban a venir a mejorar la raza, donde había una política de Estado muy bien construida de selección de migrantes “para que vengan a poblar los territorios del sur”, hoy se escucha decir lo contrario respecto a los inmigrantes de Colombia, de Haití, de los de piel negra, mulata.

Aquí estamos frente a un problema de la identidad chilena que se siente amenazada por esta mezcla que vendría a “echar a perder lo chileno”. Bueno, la invitación siempre es preguntarse qué entendemos por lo chileno, cuál es nuestro conocimiento sobre el mestizaje en Chile y qué tanto sabemos de nuestros orígenes. ¿Por qué queremos alejarnos de una corporalidad, de una figura y de una historia, por un lado, una negritud, y por el otro lado del pueblo indígena?

Esto nos lleva al concepto de racismo, el que ha sido difícil de reconocer y de instalar. Cotidianamente y pensando otra vez en esto del futuro, ¿qué heridas y marcas puede dejar este tipo de prácticas en las personas que las reciben?

Me gustaría referir a los niños, niñas y adolescentes que son los hijos de inmigrantes y también hijos de inmigrantes y chilenos. ¿Cómo están forjando su vida acá cuando están viendo y escuchando que sus madres son insultadas, que sus padres son maltratados y donde su entrada a la vida en Chile es sentir, escuchar, sufrir por ese maltrato? Creo que esa es una huella terrible porque ningún niño o niña que ve maltratar a su familia y su comunidad de manera cotidiana puede salir indemne de ese daño. Ellos y ellas son niños y niñas que van a vivir en este país, que van a vincularse con los demás.

¿Por qué es importante generar conocimiento respecto a este momento histórico que estamos viviendo?

Claro, este es un momento histórico de Chile convertido en país de inmigración, cuando siempre fue lo contrario, fue un país de emigración.

Es imprescindible que la Universidad de Chile tenga un rol, que es un rol diverso, es un rol de acción, de difusión, de extensión, pero sobre todo de producción de conocimientos, metodologías, epistemologías, donde se vuelva a revisar la época colonial con mayor cuidado.

En un país que esta acá en un rincón del mundo, una universidad afortunadamente permite que nosotros llevemos a cabo estas acciones, que existan estas cátedras que tienen un lugar tan particular, porque sin pertenecer a ninguna facultad, pertenecen a toda la universidad; que tengamos Cursos de Formación General en que los estudiantes puedan elegir venir a conocer estas cuestiones para que tengan otra manera de actuar los médicos, enfermeras, trabajadores sociales, sicólogos, abogados, los sociólogos, los geógrafos, arquitectos, y que tengan algunos elementos, aunque sean generales, de quiénes son los inmigrantes que llegan, cuáles son las características de las migraciones contemporáneas y por qué permanece el racismo si las razas no existen.

¿Cómo empezó a investigar y reflexionar sobre la relación entre racismo y migración?

Los temas de investigación que he intentado abordar tienen que ver con el mundo de la pobreza, de la exclusión, del abandono, de la tristeza o del sufrimiento social. En una época fue con personas que estaban presas en cárceles, en otros momentos los niños de la calle con mucho uso de drogas. Volví a Chile en los 90, cuando empezaron a llegar los migrantes de Perú y también argentinos.

Era un momento en que yo regresaba de un largo viaje en otro país, y ahora que lo pienso, coincidió con eso. Yo vivo en el centro de Santiago, siempre he vivido en el centro, y ahí entonces empecé.

Al comienzo me alegré mucho porque habían llegado y después empecé a observar cómo los estaban maltratando. Primero fueron los migrantes peruanos. No podía entender que se les maltratara de esa manera y partí de ahí; después empecé a ver cómo sufrían las mujeres, porque en realidad una mujer inmigrante lo pasa más mal que un hombre, y si es negra, más, y si es pobre, más, porque se va cruzando género, sexo, machismo, racismo, sexismo. También trabajé con niños y niñas en las escuelas, donde niños chilenos mostraban su carné para decirme que eran chilenos.

¿Es posible conjugar el trabajo académico con una dimensión de injerencia que se podría definir como militante?

Pienso que no se puede hacer investigación sin acción, no se puede teorizar sin tener un lazo con la realidad. Hay que oler la vida, hay que tocarla, hay que gustarla, hay que sentirla. Si no somos capaces de sentir el sufrimiento de una persona, las investigaciones que vamos a llevar a cabo van a estar desprovistas del sentido más profundo que tiene que tener la investigación, es decir, situarse en algún momento en el lugar del otro y producir conocimiento a partir de allí. El sufrimiento social es un concepto tanto de la filosofía como de la sociología, el cual no debemos entender como un sufrimiento individual, sino que es la sociedad entera la que puede producir el sufrimiento de los demás.